



LAS MADRES TAMBIÉN FOLLAN

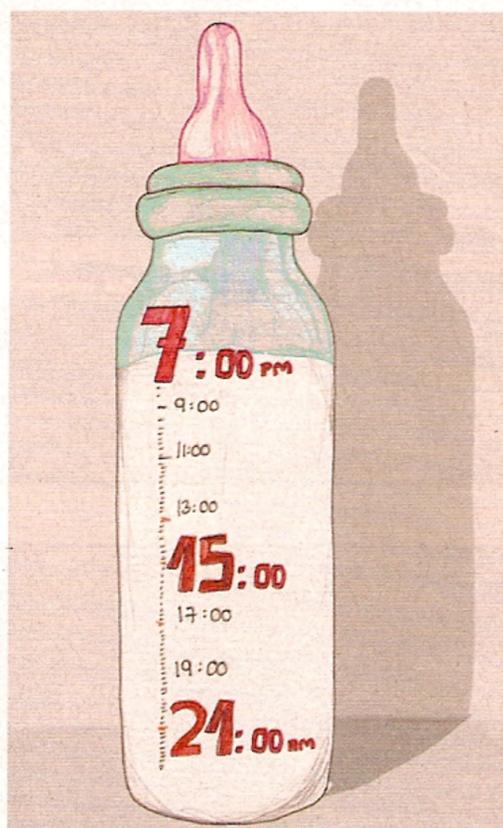
La directora de cine Erika Lust ha escrito un libro muy divertido, *Porno para mujeres*, en el que comenta algunos de los clichés que hacen que las películas porno *mainstream* sean inverosímiles: en la vida real las mujeres no van a la cama con zapatos de tacón, ni los hombres eyaculan medio litro de esperma, ni una felación se utiliza como moneda de cambio para pagar una multa de tráfico. Llama la atención que en los agradecimientos la autora cite a su hija “por darme tiempo durante su primer año de vida para dar a luz este libro”. Digo que llama la atención porque en el imaginario colectivo las madres, a lo que se ve, no tenemos vida sexual y mucho menos hablamos de ella, por lo tanto ni de coña se supone que veamos películas porno y nos dediquemos a escribir libros al respecto. A mí, por lo menos, desde que fui madre, nadie me pregunta por otra cosa que por mi hija. Ya vaya a una presentación de un libro, a un estreno o a tomar

una caña al bar de la esquina, la pregunta impepinable viene siendo “¿Y cómo está tu hija?”. Nada de “¿cómo van las ventas de tu último libro?” o “¿este doble de Clive Owen que te acompaña es tu novio?” (No, más quisiera, es mi primo). Siempre la misma cuestión, como si desde que parí hubiera dejado de escribir o de ligar porque por algún extraño mecanismo biológico todas mis neuronas se dedicaran exclusivamente a un único y exclusivo propósito: mi retoña. Y es que, a lo que parece, eso es lo que se espera de las madres.

Debe de ser por eso que muchas de las madres que se dedican con devoción y empeño a su trabajo y a su carrera albergan la permanente sensación de estar fallando en algo. Cuando crezcan los niños, algún problema tendrán: no existe ni el niño ni la niña perfectos. Y entonces alguien le hará creer a esa madre profesional, o a esa madre soltera o divorciada que tiene vida social y sexual, que la culpa de que el niño sea retraído/hiperactivo/lento/callado/peleón (táchese la que no proceda o añádase otra) es suya, porque trabaja y/o sale y no dedica el tiempo suficiente al famoso vínculo madre/hijo. Y apelará a voces presuntamente autorizadas: Winnicott, Spitz, Dolto, Raskovski y demás psicoanalistas de posguerra que tanto escribieron sobre niños, pero que no se

dedicaron precisamente a cuidar a los suyos, ya que se los criaron sus legítimas mientras ellos escribían sus tochos e impartían conferencias. Eso sí, no parece que ninguno de ellos albergara el mínimo complejo de culpa, y desde luego no escribieron sobre el tiempo que les escatimaron a sus hijos para dedicarlo a sus carreras. Y a esa madre adoctrinada, que ha escuchado resignada y atenta ese sermón presuntamente bienintencionado, le toca bregar con el conflicto entre el modelo ideal de madre y la vida real, entre su yo y su superyo. Ese superyo que, como dice Freud, es herencia de pasadas generaciones, y que se cuelga por lo tanto en cantinelas de madres, tías, suegras y abuelas: “¿Y por qué no pides una reducción de jornada?” o “¿de verdad crees que esa falda es apropiada para una mujer de tu edad?”. A esa mujer que trabaja, que sale y que se pone

minifaldas porque, qué coño, lo que se van a comer los gusanos que lo disfruten los humanos, he dedicado mi libro *El Club de las Malas Madres*. Y a la que no sale y no se pone minifaldas le exhorto a empezar a comprar una en Zara para quedar a tomar cañas con las amigas. A fin de cuentas, si el niño sale retraído/hiperactivo/lento/callado/peleón (táchese la que no proceda o añádase otra) también le van a echar a ella la culpa porque, claro... le sobreprotegió. ◯



NADIE ME
PREGUNTA POR
OTRA COSA QUE
POR MI HIJA